

Michael Scott

LOS MUNDOS CLÁSICOS

Una historia épica
de Oriente y Occidente

Traducción de Francisco García Lorenzana

Ariel

Título original: *Ancient Worlds. An Epic History of East and West*

Publicado originalmente por Hutchinson, Londres

1.ª edición: noviembre de 2016

© 2016, Michael Scott

© 2016, de la traducción, Francisco García Lorenzana

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo
y propiedad de la traducción:
© 2016: Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN 978-84-344-2477-7
Depósito legal: B. 21.287- 2016

Impreso en España por Huertas Industrias Gráficas

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Índice

Nota sobre transliteración	9
Introducción	11
<i>Primera parte: La política en una era axial</i>	
1. La democracia ateniense y el deseo de un poder popular	33
2. Roma, la República y la perfección del gobierno . . .	63
3. China, Confucio y la búsqueda del gobernante justo	93
<i>Segunda parte: La guerra y un mundo en cambio</i>	
4. Surge una nueva generación	145
5. Estableciendo conexiones	173
6. Imperios en Oriente y Occidente	211
<i>Tercera parte: Cambio religioso en un mundo conectado</i>	
7. Las innovaciones religiosas desde dentro y desde fuera	277
8. Imponiendo, mezclando y moldeando las religiones	317
9. Religión y gobierno	359
Conclusión	409
Notas	423
Agradecimientos	459
Lista de mapas	461
Bibliografía seleccionada.	463
Índice analítico	473

1

La democracia ateniense y el deseo de un poder popular

508 a.C.: el sol se levanta en el tercer día del asedio y la Acrópolis, un imponente afloramiento de caliza que surge de una elevación en el corazón de Atenas, lanza su sombra sobre grandes áreas de la comunidad que se extiende a sus pies. Durante siglos esta torre rocosa ha sido un faro y un puerto para los que han vivido a su alrededor. Concebida inicialmente como un palacio para los reyes, ahora estaba coronada por un templo y un animado bosque de estatuas dedicadas a los dioses todopoderosos. Era este corazón sagrado e impenetrable de su propia ciudad a lo que el pueblo de Atenas —unido y decidido, según Herodoto— ponía sitio en este momento.¹ Muy por encima de ellos, escondido en la ciudadela, se encontraba el rey espartano Cleomenes y un pequeño ejército espartano. Esparta estaba situada en las profundidades del Peloponeso, a más de 200 kilómetros de Atenas. Es muy posible que algunos de los soldados espartanos se estuvieran preguntando en ese instante qué estaban haciendo tan lejos de casa. Pero Cleomenes había ligado su destino a los objetivos políticos de un hombre que ahora estaba escondido a su lado en la Acrópolis: el aristócrata ateniense Iságoras, el magistrado principal de la ciudad (conocido como el *arconte epónimo*). Y se murmuraba que Cleomenes e Iságoras compartían algo más: la esposa de Iságoras, que se decía que Iságoras había «prestado» a Cleomenes como parte de su alianza.² Iságoras y los espartanos habían orquestado la

expulsión de Atenas de unas 700 familias que no simpatizaban con el liderazgo de Iságoras, junto con su principal rival político. Habían intentado abolir el consejo supremo de gobierno en Atenas —la *boule*— para colocar el poder político en manos de los seguidores de Iságoras. Pero esto había sentado tan mal a la masa del pueblo ateniense que Iságoras y sus aliados espartanos, ampliamente superados en número y temiendo por sus vidas, se habían atrincherado en las alturas de la Acrópolis. El pueblo de Atenas se había unido en una revuelta espontánea que iba a conmover la ciudad hasta sus cimientos y cambiar el curso de la historia.³

Herodoto interpreta estos acontecimientos como la mecha que iba a desencadenar el fuego de la revuelta política en Atenas que acabaría conduciendo a la creación de un sistema político nuevo: la democracia. Pero el viaje de Atenas hasta llegar a este momento había empezado más de un siglo antes, y el sistema democrático creado después de 508 a.C. iba a sufrir una larga evolución a partir de entonces. Para la historia de la aparición de la democracia resultan cruciales las acciones y las intenciones de individuos destacados, unas acciones que nos llevan a preguntarnos si el resultado final fue realmente lo que pretendían. En este tema las fuentes antiguas no están siempre de acuerdo, incluso entre ellas, y son susceptibles de estar influidas por las opiniones políticas de su propia época.

De hecho, la Acrópolis había sido escenario reciente de un asedio dos años antes, en 510 a.C.; y en esa ocasión Cleomenes y sus tropas habían luchado al lado de los atenienses. El objeto de su ira, escondido entre los grandes templos y las brillantes estatuas, había sido Hippias, el brutal tirano de Atenas que había conservado el poder por medios cada vez más violentos desde la muerte de su padre Pisístrato diecisiete años antes. Dicho asedio habría podido llegar a un punto muerto si no hubiera sido por un giro inesperado. Un intento de sacar a escondidas de Atenas a los hijos de Hippias fue descubierto y los hijos cayeron en manos del ejército espartano. Los espartanos y sus aliados atenienses tenían ahora una baza y forzaron la rendición de Hippias a cambio de la vida de sus descendientes.

Al cabo de cinco días Hippias había abandonado la Acrópolis y había huido de Atenas, terminando su periplo en la corte del poderoso rey persa Darío I, que gobernaba un imperio enorme al otro lado del mar en Asia Menor. No obstante, Atenas no había visto por última vez a Hippias ni su deseo de conservar el poder sobre la ciudad.⁴

La huida de Hippias en aquel momento dejó un vacío político en Atenas, que había estado casi exclusivamente bajo el control de una sola familia desde que Pisístrato tomara las riendas en 560 a.C. Ahora, mientras los atenienses se sentían aliviados al librarse de la tiranía, se enfrentaban al problema de qué iba a ocupar su lugar.⁵ Los espartanos de Cleomenes —que estaban implicados en la política ateniense a instancias del oráculo sagrado de Delfos, que les había transmitido la orden de los dioses de que Esparta debía participar en la lucha ateniense— tenían poco interés en controlar Atenas directamente, pero su candidato preferido era Iságoras.

El principal rival de Iságoras era otro aristócrata, Clístenes, descendiente de la poderosa y aristocrática familia Alcmeónida, que habían tenido una gran fama en Atenas durante más de un siglo. También era nieto (por parte de madre) de otro tirano —de quien había recibido el nombre— de la *polis*, o ciudad-estado, cercana de Sición. Con los sesenta recién cumplidos cuando la expulsión de Hippias, Clístenes era a todas luces un candidato muy poco probable para el papel histórico de ocupar la vanguardia revolucionaria de la democracia.

En los dos años entre los asedios de la Acrópolis, la lucha sobre la dirección del futuro de Atenas alcanzó la temperatura del infierno. Pero Iságoras tomó ventaja cuando fue nombrado entre un cuerpo aristocrático de élite para ocupar el puesto de magistrado principal para el año entre mediados de 508 y mediados de 507 a.C. Como *arconte epónimo*, Iságoras tenía la potestad de legislar sobre cómo se debía gobernar la ciudad. El único camino que le quedaba a Clístenes era presentar sus ideas en la asamblea pública de Atenas que era más representativa (pero menos poderosa), y buscar el apoyo para su causa entre la masa de los ciudadanos atenienses que procedían de un amplio aba-

nico de clases sociales. La celebración de la asamblea al aire libre era un entorno duro para que se impusiera un ateniense relativamente anciano. En primer lugar se tenía que hacer escuchar y entender por encima de una multitud bastante bulliosa; después le quedaba el reto aún mayor de convencer a sus conciudadanos atenienses de la necesidad de un cambio radical de las estructuras políticas de la ciudad, en un momento en que muchos debían de pensar que ya había demasiados cambios en el aire. Pero aun así, según Herodoto, ocurrió algo remarcable. Aunque el *demos* (la masa del pueblo) había sido «despreciada con anterioridad» por los hombres que dirigían Atenas, Clístenes «incorporó el *demos* a su facción».⁶

Lo que haya querido decir con eso se debate intensamente entre los historiadores, entre otras razones porque la palabra griega que Herodoto emplea para describir «la incorporación a su facción» es *proshetairizetai*.⁷ La raíz de esta palabra es *hetaireia*, que designa a un grupo pequeño de amigos íntimos, lo que indica nada menos que un grupo de aristócratas. Por eso podemos contemplar el nacimiento de la democracia como una maniobra aristocrática ateniense bastante habitual: no una revolución sino, más bien, negocios habituales.

Si no se pretendía una revolución en esos días intensos de 508-507 a.C., lo que parece que propuso Clístenes para conseguir que el pueblo se uniera a su facción fue, seguramente, muy nuevo. Se cree que su propuesta consistió en dos elementos principales. En primer lugar, Clístenes sugirió que las unidades cívicas más pequeñas —los *demos* (que equivalen aproximadamente a los barrios actuales)— debían formar la base de toda la participación, los derechos y las responsabilidades cívicas. En segundo lugar, lo que era mucho más controvertido, estos *demos* se debían agrupar en una nueva serie de diez tribus, sustituyendo a los cuatro grupos tribales tradicionales de Atenas, que debía formar la base de la manera en que los atenienses contribuían con su tiempo, su energía y sus ideas al estado.⁸ Lo que hacía que estas tribus fueran tan revolucionarias era que su composición fue diseñada expresamente para romper con los bloques de poder aristocrático inherentes a la vieja es-

estructura tribal, otorgando a cada tribu una participación y un poder similar en el gobierno del estado. Y lo que era aún más radical, la selección de quién de entre estas tribus debía recibir la confianza para ayudar en el gobierno del estado (en la mayoría, pero no en todos los puestos) no se debía realizar por elección, sino por suertes, para garantizar que todo el mundo tuviera las mismas posibilidades.

Las ideas de Clístenes debieron inflamar la imaginación de los atenienses, porque cuando la batalla con su rival aristocrático, Iságoras, llegó a su punto culminante, fue él quien tuvo a la mayoría de su lado y legitimó su pretensión de ser el líder aristocrático del pueblo. Aun así, debemos recordar que nunca se presentó una moción oficial con el nombre de «democracia» a consideración de los órganos de gobierno atenienses. Fue una idea difundida por el viento, repetida, discutida, debatida en los hogares, en los campos, alrededor de las fuentes públicas en las plazas del mercado, en el teatro y en el gimnasio. Un deseo de dar poder a la comunidad local no era, sin embargo, lo único que tenía en mente la gente cuando decidieron apoyar el plan de Clístenes.

A pesar de la ayuda de Esparta para librarse de un tirano, los atenienses se resentían de la intrusión continuada de los espartanos en sus vidas, desconfiaban de los lazos previos de Esparta con Iságoras y temían lo que los espartanos pudieran hacer a continuación. Eran dolorosamente conscientes de la inferioridad militar de Atenas en comparación con Esparta, e incluso con vecinos más cercanos. En el marco de la gran cantidad de poder militar que los espartanos y los aliados de los espartanos podían reunir para marchar contra Atenas, 700 soldados eran simplemente la punta del iceberg.

No obstante, las ideas de Clístenes sobre la reforma cívica fueron tan lejos como para convertir los *demes* en la base tanto de la organización militar como política de la ciudad. Así, ofrecían la posibilidad de una fuerza militar de autodefensa mucho más efectiva. No resulta extraño que estas palabras llevadas por el viento prendiesen en la imaginación y le ganasen el apoyo del pueblo de Atenas. Ofrecían una solución a una multitud de

problemas: una oportunidad de librar a Atenas de la presencia espartana, una ocasión para reorganizar sus capacidades militares y una oportunidad para otorgarse mayor presencia en el proceso político. En los campos, en los hogares y en las calles de Atenas, la palabra en los labios del pueblo era «Clístenes».

La fuerza de su apoyo popular provocó que Iságoras volviera a llamar a Cleomenes y sus tropas espartanas para fortalecer su posición. Cleomenes había estado dispuesto a librar a Atenas de un tirano, pero no sentía ningún entusiasmo por el proyecto de Clístenes: prefería que el sistema político ateniense siguiera igual: en manos de un grupo de aristócratas y como aliado militar natural de Esparta. Ahora, Cleomenes ordenó a los atenienses que expulsaran de la ciudad a Clístenes y a sus seguidores. Cuando el pueblo se negó a obedecer, Cleomenes regresó con sus tropas espartanas de élite para obligarles a hacerlo, pero se encontró con sus tropas y con Iságoras aislado en la Acrópolis, asediado por la presión de la masa del pueblo ateniense.

¿Clístenes el Reformador?

¿Qué quería realmente Clístenes? Poder e influencia en Atenas, sin lugar a dudas, en especial a expensas de sus rivales aristocráticos. Pero en cuanto a sus motivos más sutiles o complejos, Herodoto y Aristóteles adoptaron puntos de vista diferentes. Para Aristóteles, Clístenes era un idealista, ansioso por reformar la política ateniense en bien del pueblo.⁹ Para Herodoto, Clístenes estaba simplemente emulando a su abuelo materno, el tirano de Sición, al rechazar la división tribal actual de la ciudad, porque, como el viejo Clístenes, se había pronunciado despectivamente sobre los griegos de Jonia, al otro lado del mar Egeo, en Asia Menor, cuyos antiguos grupos tribales se decía que habían copiado inicialmente en Atenas.¹⁰

Fueran cuales fuesen sus motivos, Clístenes no se encontraba personalmente entre los atenienses que asediaban la Acrópolis en 508 a.C. En esa época estaba exiliado, junto con cientos de familias que le daban su apoyo. Pero también es

cierto que tenía informadores que le traían retazos de las noticias de Atenas después de que ocurrieran. El emplazamiento de la Acrópolis tenía una resonancia especial, porque las acciones emprendidas en ese lugar por los ancestros de Clístenes hacía más de un siglo habían sido las acciones que Iságoras y los espartanos habían escogido para presentarlas como pretexto para el exilio, en vez de las reformas políticas que había propuesto o su oposición a Iságoras. En su lugar, Clístenes fue acusado de cargar con una maldición familiar.

En algún momento de la década de 630 a.C., un hombre llamado Cilón —un antiguo ganador de la carrera a pie en los Juegos Olímpicos— había intentado un golpe en Atenas, al malinterpretar un consejo del oráculo de Delfos. Según Herodoto, Cilón «convenciéndose con la idea de convertirse en tirano» intentó ocupar la Acrópolis como la encarnación del poder en Atenas.¹¹ Pero el apoyo que Cilón hubiera obtenido para su causa desapareció, y sus amigos más cercano y él buscaron refugio en el altar de la deidad patrona de Atenas, Atenea: un lugar del que no se podía sacar a nadie, porque dicha acción violaría la santidad del hogar de la diosa. Los magistrados de Atenas prometieron a Cilón y sus hombres que no se les haría daño si se rendían y se sometían a juicio; pero, después de acordar que saldrían por voluntad propia, los asesinaron de inmediato. El hombre que fue declarado culpable de su asesinato fue Megacles, un aristócrata rival de la familia Alcmeónida, y bisabuelo de Clístenes.

Las ambiciones de Cilón no eran raras en la Grecia de aquella época, porque la sociedad griega estaba removida desde hacía algún tiempo. El modelo establecido de unos pocos aristócratas terratenientes ricos que controlaban una población grande y desconectada de campesinos pobres había quedado desestabilizado al multiplicarse por diez la población, así como por la aparición de nuevas formas de alcanzar la riqueza, en especial la explotación más eficiente de los recursos minerales y el comercio, junto con una tasa de crecimiento económico muy saludable.¹² A medida que más personas se hicieron ricas, quisieron participar en la forma que se gobernaba su

sociedad. Los griegos, distribuidos en comunidades a lo largo de la península, las islas del Egeo y tan al sur como Creta, se preocuparon por conceptualizar qué tipo de sociedad política era la más apropiada para estas nuevas realidades económica y social. Algunas ciudades griegas cerca de Atenas, como Corinto y Sición, quedaron en manos de tiranos: hombres fuertes que consiguieron ocupar el poder y retenerlo (e incluso, en algunos casos, legarlo a sus descendientes durante muchas generaciones). Otras, como la comunidad de Dreros en Creta o Quíos en el Egeo, parece que realizaron algunos movimientos dubitativos para el establecimiento de un acuerdo social y político nuevo, con derechos y responsabilidades para el conjunto de la sociedad. En Dreros, un código legal y constitucional —el más antiguo que se ha encontrado en Grecia— se labró en piedra para que todos lo pudieran ver, señalando cómo la comunidad era responsable del mantenimiento de la ley y el orden (en lugar de que los individuos ejercieran su propia justicia), e intentando igualar los derechos de los diferentes grupos socioeconómicos.

Fuera cual fuera el grado en que las dispersas comunidades griegas fueran conscientes de este tumulto —probablemente la mayoría lo eran porque estas ciudades estaban cada vez más conectadas por el comercio—, cualquiera que mirase hacia Atenas durante el siglo VII a.C. habría visto una sociedad que lo estaba haciendo bastante bien y, al mismo tiempo, una sociedad que estaba en manos de un conflicto y de un estallido de violencia que iba a ir empeorando. El ejemplo de Cilón había demostrado que nadie era lo suficientemente fuerte para controlar con firmeza el poder en Atenas. En su lugar existía una fricción constante entre todos los que ansiaban dicho poder. La prueba de que la Atenas de finales del siglo VII a.C. era un lugar violento la proporcionan las primeras obras legislativas que nos han llegado de esa época: leyes redactadas por el legislador Dracón, en las que casi todos los delitos criminales se castigaban con la muerte (de ahí la supervivencia del término «draconiano» para designar un castigo severo).¹³

Sin embargo, el castigo de Megacles por el asesinato de Ción fue *miasma* o «polución»: una maldición que permanecería para siempre sobre él y sus descendientes. La familia fue exiliada de Atenas, sabiendo que si se les permitía regresar, la pena se podía imponer de nuevo si Atenas lo consideraba conveniente. Bajo este supuesto Clístenes fue expulsado por Iságoras y sus aliados espartanos.

¿Solón el Legislador?

Parece que en 594 a.C. los ancestros de Clístenes fueron llamados de su primer exilio. El magistrado principal de Atenas durante ese año era un hombre llamado Solón, recordado por la historia como un legislador legendario, consejero, sabio y poeta. Los fragmentos de la poesía de Solón que han llegado hasta la actualidad representan la mejor prueba literaria contemporánea de las condiciones en Atenas a principios del siglo VI, y lo que Solón pretendía hacer con ellas.

Solón era un aristócrata que ya había servido bien a la ciudad como general y consejero durante un conflicto entre Atenas y la ciudad griega de Megara, sobre la propiedad de la isla de Salamina. Tenía experiencia en el comercio y otros negocios fuera de la explotación habitual de propiedades agrícolas. Por todo ello, se dio cuenta de que Atenas tendría que enfrentarse ahora no solo a sus luchas cívicas internas, sino que también tendría que combatir por su prestigio y sus posesiones contra otras comunidades griegas codiciosas y en expansión. Identificó una necesidad desesperada de encontrar un sistema de gobierno para Atenas que permitiera que la ciudad se enfrentase a las dificultades externas como una entidad unida. Con ese fin, se debía eliminar la búsqueda de metas individuales: lo que necesitaba Atenas, según Solón, era justicia, libertad y un buen liderazgo. Su nombramiento como magistrado principal vino acompañado de poderes extraordinarios para mejorar el funcionamiento de la ciudad.

Solón describe sus reformas en su poesía:

Al *demos* [el pueblo] le he dado honor suficiente, sin quitarle nada ni darle nada más. Para los que tienen poder y eran grandes en riquezas, también procuré para que no sufrieran ningún mal. Así me levanté sosteniendo mi escudo fuerte sobre ambos, y no dejé que ninguna de las partes prevaleciera contra la justicia.¹⁴

Y de una manera aún más dramática:

Lo hice uniendo la fuerza y la justicia junto con el poder, y lo impuse a través de mis promesas. Escribí estatutos tanto para los de una posición social alta como baja, estableciendo una justicia igual para cada uno. Si alguien que no fuera yo hubiera tomado el poder, un hombre malintencionado y codicioso, no habría sido capaz de controlar al pueblo. Porque si yo hubiera estado dispuesto a hacer lo que complaciera en aquel momento al partido opositor, o lo que los otros habrían planeado para ellos, esta ciudad habría perdido muchos hombres. Por eso mantuve una fuerte defensa por todos lados, revolviéndome como un lobo rodeado por muchos perros.¹⁵

No es por nada que Solón se ha presentado como el proponente original de la «tercera vía» o de la «solución media»,¹⁶ por lo que vale la pena que analicemos con detalle cómo pone en práctica sus principios.

A juzgar por las leyes que redactó Solón para resolver sus problemas, Atenas estaba sometida a unas facciones políticas que no dudaban en recurrir al asesinato en las calles. La tierra estaba en manos de una exigua minoría de aristócratas que luchaban entre ellos por ganar influencia de cualquier manera posible: disputando límites, denunciando herencias, insistiendo en funerales magníficos para superar a los demás, y colapsando los tribunales con penas cada vez mayores para las ofensas de sus enemigos. Al mismo tiempo, muchos atenienses pobres caían bajo el yugo de las deudas: le debían tanto a sus terratenientes aristocráticos que debían usar su propio cuerpo como garantía de los créditos y como consecuencia con frecuencia caían en la esclavitud.

El más importante de los planes de Solón implicaba la cancelación de todas las deudas de un día para otro y la eliminación de la posibilidad de que un ciudadano ateniense pudiese esclavizar a otro. Esto se vio acompañado por una serie de reajustes en los derechos políticos de cada una de las clases sociales y económicas de la sociedad ateniense. Significativamente, el paquete de reformas de Solón, conocido *in toto* como «supresión de cargas», intentaba redistribuir derechos y responsabilidades, pero no de manera igualitaria. Se trataba de un sistema de un conservadurismo moderado, en el que cada estrato de la comunidad recibía lo que Solón creía que se merecía, en lugar de situarse en igualdad entre ellos: por eso se trataba de una «solución media», lo que él llamaba *eunomia* —«buen orden»— y que, según esperaba, era suficientemente bueno para unir Atenas con alegría y disposición para enfrentarse unida a sus rivales.

Sin duda, los que rodeaban a Solón —en especial los que tenían más que perder con sus reformas— estaban enfadados. Podemos imaginarlo explicándose en un *symposium* (una fiesta para beber) aristocrático, mientras que algunos de sus oyentes, tendidos en divanes con las copas en la mano, no estaban nada impresionados. Pero Solón no era un poeta ingenuo. Como se ha dicho antes, se veía como un lobo entre perros, unos perros que lo podían morder con fuerza, si les animaban a ello. Según algunas fuentes, también tenía habilidad suficiente en el reparto de favores desde un cargo político, como para dejar que sus planes de cancelación de deudas se filtrasen a ciertos amigos, que compraron rápidamente tierras con grandes hipotecas, unas deudas que pronto fueron declaradas nulas, dejando a dichos hombres como terratenientes ricos y sin cargas.

Solón abandonó Atenas poco después de implantar sus reformas y sus leyes escritas en tablas de madera se expusieron en el ágora: el gran mercado a cielo abierto a los pies de la Acrópolis, que era un punto de reunión y comercio diario para la mayoría de los atenienses. Atenas se aferró a este nuevo sistema. ¿Funcionó? Sin duda, las clases pobres de Atenas sintieron de inmediato los beneficios de la cancelación de las deudas y el

final de la esclavitud por deudas. Pero en última instancia, las reformas de Solón no fueron capaces de crear el frente unido que necesitaba Atenas para funcionar con eficacia. Una década después de su marcha, la lucha política en Atenas había vuelto a alcanzar tal altura que en algunos casos no se conseguía un acuerdo sobre quién debía ocupar cargos cívicos tan cruciales como la magistratura principal; y en otros casos, algunos de los elegidos para dichos cargos se negaron a devolver el poder al final de su mandato de un año. Los últimos días de vida de Solón quedaron ensombrecidos por la aparición de un hombre que intentó copiar el ejemplo de otras comunidades por toda Grecia, sometiendo a Atenas a su gobierno por la fuerza: Pisístrato.

El gobierno de la tiranía

No obstante, esto no era una tarea fácil. Los atenienses estaban muy divididos en sus alianzas con familias aristocráticas rivales y sus respectivos abanderados. Estas familias no se parecían a partidos políticos en ningún sentido moderno: no tenían líneas ideológicas o manifiestos. Más bien se trataba de facciones que buscaban la mayor influencia política para ellas a expensas de las demás. Herodoto califica este periodo como una época de *stasis* —«lucha cívica interna»— entre el pueblo ateniense de «la llanura», el pueblo de «la costa» y el pueblo de «la montaña».¹⁷ El pueblo de «la costa» estaba dirigido por el padre de Clístenes, que había regresado del exilio y se encontraba de nuevo en la primera línea de la política ateniense. El pueblo de «la montaña» (aunque no tenemos una idea clara de dónde, o a quién, se refiere este agrupamiento) estaba dirigido por Pisístrato.

Nuevamente, nuestros historiadores de la Antigüedad presentan imágenes muy diferentes de los *dramatis personae*. Para Aristóteles, Pisístrato era un hombre cuyo periodo en el poder benefició a Atenas; mientras que para Herodoto fue un matón de mano dura y un embaucador. Herodoto relata cómo el pri-

mer intento de Pisístrato para conseguir el poder giró alrededor de la ocupación de la Acrópolis, como lo había intentado antes Cílón. No obstante, ansioso por evitar el final de Cílón, Pisístrato se hizo acompañar por una guardia personal de matones con garrotes: un ejército privado cuyos servicios había conseguido engañando a la asamblea ateniense al enseñarle una herida (que en realidad se había autoinfligido) y afirmando arteramente que su vida estaba en peligro a causa de unos enemigos malvados.¹⁸ Ahora este ejército privado tomó el control de la Acrópolis e intimidó a los órganos vitales del gobierno ateniense, y Pisístrato se declaró tirano.

En la antigua Grecia la tiranía no implicaba necesariamente que el pueblo sufriese. Aristóteles y Herodoto están de acuerdo en que Pisístrato consiguió que las reformas de Solón funcionaran realmente en la sociedad ateniense. Incluso Herodoto, que considera que Pisístrato es poco más que un matón, informa que organizó bien los asuntos del estado, después de tomar el control. Sin embargo, la victoria de Pisístrato iba a durar poco. Con la misma rapidez que consiguió la autonomía que ansiaba, fue expulsado por la fuerza combinada del poder de sus rivales aristocráticos, que no le iban a permitir que gobernase solo. Esta alianza contra Pisístrato también se disolvió con rapidez en una serie de feudos sobre quién o qué iba a ocupar su lugar. En un cambio de chaqueta que le hizo conseguir la iniciativa, el padre de Clístenes, Megacles, invitó a Pisístrato a que regresase, ofreciéndole incluso la mano de su hija para cimentar con una boda una nueva gran alianza familiar. Pisístrato accedió.

Posiblemente tan embaucador como Pisístrato, Megacles se dispuso entonces a elaborar un plan para convencer al pueblo —poco dispuesto a dar la bienvenida de regreso a casa a un tirano— de la necesidad de la vuelta de Pisístrato. Su reingreso en la sociedad tenía que ser extraordinario. Así, de pie detrás de Pisístrato en su carro cuando entró en la ciudad se encontraba la diosa Atenea, o eso le pareció a los ciudadanos agolpados en las calles para maravillarse de semejante señal de favor divino. «Según algunos relatos», señala Aristóteles, la alta y hermosa diosa era en realidad «una florista tracia de Colito

llamada Fye», vestida con el esplendor requerido.¹⁹ La charada funcionó, se celebró la boda y la alianza de familias gobernó Atenas, hasta que se supo que Pisístrato estaba manteniendo relaciones conyugales con su nueva esposa «no de la manera acostumbrada».²⁰ Aunque el significado no está claro, se ha afirmado que se refiere a sexo anal: aunque Pisístrato accedió a un matrimonio de conveniencia, no se iba a dignar a engendrar un hijo con una mujer de una familia rival. En respuesta a esta afrenta ultrajante a su hija, Megacles rompió tanto el matrimonio como la alianza, y Pisístrato se vio obligado a salir de nuevo de Atenas. No obstante, algún tiempo después, junto con sus dos hijos de una relación anterior y con el apoyo de una serie de ciudades griegas, Pisístrato regresó una vez más para tomar Atenas por la fuerza, y en esta ocasión con un ejército en toda regla. Se enfrentó a los atenienses en un batalla cerca de Maratón, finalmente tomó el control de la ciudad y lo mantuvo durante casi dos décadas hasta su muerte, momento en que fue sucedido por sus hijos, Hipias e Hiparco.

Por muy convulsos que puedan parecer en este resumen los orígenes de la tiranía, vale la pena repetir que, según Aristóteles, este periodo fue una edad dorada, en la que Atenas disfrutó de un gran crecimiento económico. Los Pisistrátidas supervisaron la abertura de las minas de plata de Atenas, generando de esta manera una fuente de ingresos nueva y lucrativa para la ciudad. Supervisaron la construcción de un magnífico templo de piedra caliza dedicado a Atenea en la Acrópolis. Dentro del ágora proporcionaron necesidades comunitarias como un pozo nuevo y altares comunales para los dioses. Y, lo que resulta aún más importante, parece que fue bajo el gobierno de los Pisistrátidas cuando se iniciaron las grandes festividades cívicas como el festival de las Dionisias, en honor de Dioniso. Esta celebración unía a los atenienses en una devoción extática al dios del vino y del teatro, junto con la asistencia a tragedias compuestas e interpretadas en su honor en el santuario del dios al pie de la Acrópolis.²¹ Dicho esto, Aristóteles era de la opinión de que los Pisistrátidas promocionaron dichos acontecimientos no tanto con el noble objetivo de embellecer

y ornamentar la ciudad, que con la mente puesta en mantener a la masa del pueblo ocupada y dejándola sin tiempo para rebelarse: una estratagema que han utilizado los gobernantes a lo largo de la historia.²²

Nacida con violencia, la tiranía pisistrátida recibió un golpe mortal por medios brutales. Los hijos sucesores, Hippias e Hiparco, gobernaron juntos Atenas hasta que dos hombres llamados Harmodio y Aristogitón urdieron un complot de asesinato y lo ejecutaron durante el gran festival de las Panateneas de 514 a.C. Las Panateneas celebraba a Atenea y su papel como deidad patrona de la ciudad e implicaba a toda la población de la ciudad, que se reunía en las puertas de la urbe antes de desfilarse hasta la Acrópolis para entregar una nueva túnica ceremonial con la que vestir la estatua sagrada de la diosa.

Escondidos entre los celebrantes de 514 a.C. se encontraban los futuros asesinos Harmodio y Aristogitón. Llevaban las espadas ocultas entre las ramas de mirto ceremoniales, esperando la oportunidad de acercarse lo suficiente para atacar, momento en que tuvieron éxito al apuñalar de muerte a Hiparco. Pero Harmodio fue detenido inmediatamente y asesinado por los guardias, y Aristogitón quedó bajo arresto, permitiendo que Hippias restaurara el orden. Aristogitón murió bajo las torturas ordenadas por el comprensiblemente paranoico Hippias, que se iba a aferrar al poder durante cuatro años más.

Este momento histórico —«la muerte del tirano»— será conmemorado en el arte ateniense con la famosa y heroica estatua de Harmodio y Aristogitón que se alzaba en un lugar muy destacado en el ágora. La estatua que ha sobrevivido hasta la actualidad a través de copias muestra a los dos héroes de pie desnudos, el joven Harmodio con una espada dispuesta para atacar, el mayor y barbudo Aristogitón con el brazo extendido como si estuviera protegiendo a su joven compañero. Esta pieza se convirtió hasta tal punto en un símbolo de la identidad cívica de Atenas que los persas, cuando saquearon la ciudad en 480-479 a.C., se llevaron al estatua de regreso a Persépolis como la prueba suprema de su profanación de Atenas. Se dice que cuando Alejandro Magno conquistó Persia más de un

siglo después, se encargó rápidamente de encontrar la estatua y devolverla a Atenas.

¿Por qué quería esta pareja matar a los tiranos? De nuevo, las fuentes discrepan. Está claro que actuaban de acuerdo con el estado de ánimo popular. Al fin y al cabo, el estado ateniense garantizó comida gratis para los descendientes de Harmodio y Aristogitón en honor de sus actos, y durante años una canción popular de taberna celebró que el asesinato estuvo motivado por un deseo de igualdad: «¡Llevaré mi espada entre ramas de mirto, como Harmodio y Aristogitón, cuando juntos mataron al tirano y trajeron a Atenas la igualdad ante la ley!».²³

Sin embargo, el gran historiador Tucídides —que escribió más tarde en el siglo v a.C.— afirma que el asesinato, sin importar sus consecuencias, estuvo motivado puramente para vengar una afrenta. Hiparco, que había sido rechazado por Harmodio —que ya tenía una relación con Aristogitón—, se había vengado difamando a la hermana de Harmodio, por lo que Harmodio y Aristogitón decidieron que Hiparco (junto con su hermano) debían sufrir la última pena.²⁴ Al final, tenemos que decidir por nosotros mismos qué motivo parece más plausible: el deseo de libertad o la culminación de una venganza.

La familia de Clístenes había estado en el exilio desde alrededor de 546 a.C. Durante una parte de este periodo —durante las décadas de 520 y 510— habían vivido en Delfos, que se encuentra en medio del monte Parnaso en el centro de Grecia, con su venerado santuario de Apolo ubicado con terrazas precarias en la ladera de la montaña, con una pequeña comunidad de unos mil ciudadanos apiñados a su alrededor. En esta época el oráculo de Delfos era famoso en todo el Mediterráneo y más allá. En los días de consulta —un día al mes, durante nueve meses al año— se formaban colas que recorrían todo el santuario, y los individuos y los embajadores de las comunidades presentaban sus preguntas a la sacerdotisa oracular para conocer la voluntad de los dioses.

No obstante, en esta época Delfos estaba en ruinas. El templo de Apolo en el corazón del santuario, que se había quemado a mediados de siglo, estaba en obras; y el proceso de conseguir

fondos para la reconstrucción era lento, doloroso y largo. Mientras Clístenes se encontraba en el exilio, el ruido de los picapedreros, los carpinteros y los escultores debió llenarle los oídos, junto con los gritos de los obreros cuando colocaban en su lugar los pesados bloques de piedra sólida, y el traqueteo de las ruedas de los carros a medida que traían más materiales desde el puerto que se encontraba 600 metros por debajo. Pero Clístenes y su familia no eran unos observadores pasivos de estas labores de construcción: Herodoto nos explica que pujaron y ganaron el contrato para completar la reconstrucción del templo, y elaboraron un proyecto ostentoso, tomando decisiones por iniciativa propia —y poniendo de su bolsillo— para completar la fachada oriental del templo (la que daba al altar donde se realizaban los sacrificios a Apolo) con el mármol más lujoso.²⁵ Todo el mundo tomó buena nota de tanta generosidad, en especial la sacerdotisa oracular en persona. Cada vez que los espartanos fueron a consultar en Delfos durante este periodo, les dijeron que, antes de hacer nada más, debían liberar a los atenienses del tirano superviviente, Hippias. ¿Quién respondió a la llamada en 510 a.C. sino el rey espartano Cleomenes?

La creación de un mundo nuevo

Al amanecer del tercer día de asedio a la Acrópolis en 508 a.C., el pueblo de Atenas que se había levantado en un frente unido contra Iságoras y sus aliados espartanos debió sentir que se trataba de otro momento crucial en más de un siglo de luchas y disputas por el poder en Atenas. Pero esta vez se llegó a un acuerdo sin derramamiento de sangre. El asedio se levantó al acordar una tregua, que permitía que los espartanos abandonasen Atenas, junto con Iságoras, caído en desgracia. Es muy posible que los espartanos desearan evitar el combate, considerando que su número era demasiado escaso para enfrentarse a un levantamiento en masa de los atenienses. Iságoras probablemente quería vivir para luchar otro día. Pero aunque los atenienses dejaron en paz a Iságoras y los espartanos, hicieron

caer su ira sobre muchos de los seguidores atenienses de Iságoras, que fueron asesinados por encontrarse en el bando erróneo de la opinión pública.

Tras calmarse la tormenta y enterrar a los muertos, llamaron de regreso a Clístenes y a los seguidores de su familia. El pueblo de Atenas seguía preocupado de que Esparta pudiera regresar con un ejército mucho más grande; según nos explica Herodoto, estaban tan preocupados que llegaron a considerar una alianza con Persia para su protección.²⁶ Pero aun así, fue en este contexto de peligro potencial que se implantó el paquete de reformas de Clístenes, que fueron expuestas por primera vez en la caldeada atmósfera entre los dos asedios de la Acrópolis. En lugar de la *eunomia* media de Solón que daba a cada cual la cantidad de poder que se merecía, las reformas de Clístenes ofrecían el potencial radical para un «poder del pueblo» directo y total.

Como hemos visto, se fundamentaba en las pequeñas comunidades locales —los *demes*— como los bloques de construcción para una red más amplia de organización comunitaria y representación política y militar. En cada *deme* la gente se reunía en asambleas locales para debatir, admitir a miembros nuevos y tomar decisiones sobre cómo gobernar sus propias comunidades. Al mismo tiempo, la red más amplia implantada por Clístenes de las diez tribus nuevas tenía específicamente la intención de romper los lazos de lealtad con ciertas áreas geográficas particulares y sus familias aristocráticas dominantes, al unir a grupos locales de zonas muy alejadas entre sí para luchar en el ejército y participar en la política.

Así, grupos de *demes* de la zona rural del norte del Ática se unían con *demes* de la ciudad de Atenas y de la costa sudoriental del Ática, ya fuera en batalla o cuando participaban y votaban en la principal asamblea ateniense en Atenas (que ahora tenía un lugar de reunión nuevo en la colina Pnyx, que se iba a convertir para siempre en la sede de la asamblea pública de Atenas). También resultó crucial que cada una de estas tribus nuevas contribuía con un mismo número de personas al consejo de gobierno permanente de Atenas, y cada una de ellas era

elegida a suerte. Algunas partes del sistema antiguo siguieron presentes: junto al nuevo consejo de diez generales, elegidos (uno por cada tribu) para dirigir el ejército de la ciudad, había (hasta *ca.* 490 a.C.) un «arconte de guerra» superior, que tradicionalmente era un aristócrata. De la misma manera, no todos los cargos de la ciudad estaban abiertos a todo el mundo: aún durante algunas décadas, el cargo de magistrado principal (que en su momento fue ocupado por Solón) quedó restringido a cierta clase de ciudadanos.

Aun así, los efectos de estas reformas fueron destacables. En 506 a.C. Atenas ganó una batalla contra sus rivales cercanos, Beocia y Calcis, una victoria que Herodoto atribuyó al nuevo sistema político:

Mientras estuvieron bajo el gobierno de los déspotas, los atenienses no eran mejores en la guerra que ninguno de sus vecinos, pero en cuanto se libraron de los déspotas fueron de largo los mejores de todos. En consecuencia, esto demuestra que mientras estuvieron oprimidos fueron cobardes, como hombres que trabajan para su amo, pero cuando se liberaron, cada uno estuvo ansioso de hacer lo mejor por sí mismo.²⁷

A lo largo de este periodo de luchas cívicas, incluso después de que las reformas de Clístenes empezaran a tener efecto, no se utilizó la palabra «democracia», que ni siquiera se había inventado. Solón habló de *dysnomia* («mal orden») frente a *eunomia* («buen orden»). En los prolegómenos de los asedios de 510 y 508 a.C. oímos hablar de *isonomia* («orden igualitario»). Tendremos que esperar hasta después de las invasiones persas de 490 y 480 a.C. antes de que la idea de *demokratia* —el poder del pueblo— se conceptualizase y se mencionase por primera vez.²⁸ La política de Atenas tenía aún mucho camino por delante hasta convertirse en el sistema democrático de la época del Partenón y el Imperio ateniense. Pero hacia la década de 460 a.C. —medio siglo después de la revuelta popular que inició la marcha de Atenas hacia su famosa democracia— un niño recién nacido en Atenas recibió el nombre de

Demokrates, en honor del sistema que ahora le daba derechos desde su nacimiento, así como a cualquier hombre adulto que fuera ciudadano ateniense en el futuro.

Escribir historia antigua

Resulta sorprendente todo lo que podemos saber sobre acontecimientos de hace 2.500 años gracias a los textos de escritores tan antiguos como Herodoto y Aristóteles, que han sido copiados y recopilados a lo largo de los siglos y completados por descubrimientos más recientes de copias en papiros antiguos en las arenas del desierto de Egipto. Pero las historias que explican sobre las intrigas de la política ateniense en el siglo VI a.C. siguen planteando una serie de problemas a los historiadores. ¿Qué tipo de historias nos explican y con qué finalidad? ¿Hasta qué punto son fiables? ¿Cómo podemos estar seguros de que lo que creemos que sabemos es lo que realmente ocurrió? Hay mucho en juego según cuáles sean nuestras respuestas.

Además de los fragmentos de la poesía de Solón que se encuentran en textos posteriores, no tenemos ni una sola línea atribuible a un autor ateniense que se pueda fechar con seguridad entre 594 y 480 a.C. Herodoto escribió en la década de 420, casi un siglo después de las reformas de Clístenes. El texto *La constitución de los atenienses* (con frecuencia atribuido a Aristóteles, pero en realidad de autoría incierta, y que no se descubrió hasta 1879 en un basurero de la antigua ciudad de Oxirrinco en Egipto) está fechado en la década de 320 a.C., lo mismo que otras obras principales de Aristóteles que mencionan el sistema político de Atenas. Una serie de historiadores locales de los siglos V y IV a.C. nos han llegado en fragmentos y también parece que fueron utilizados como fuentes por el historiador, filósofo y ensayista griego Plutarco, que escribió una biografía de Solón que formaba parte de un proyecto literario más amplio que pretendía recoger vidas que valieron la pena, pero este proyecto de Plutarco data de principios del siglo II d.C.

Todos los textos en los que nos basamos para comprender este periodo crítico fueron escritos a cierta distancia de los acontecimientos, lo que inevitablemente plantea interrogantes sobre su precisión en los acontecimientos. También debemos considerar hasta qué punto forjamos el pasado para reflejar nuestro presente: las historias explicadas en las fuentes antiguas, la selección y el énfasis de los autores, nos explican cómo ellos y su sociedad decidieron recordar su pasado. (Como lo ha expresado el historiador de la Antigüedad Robin Osborne: «La historia no es algo que ha ocurrido, sino algo que construimos para nosotros mismos».)²⁹

Existen pasajes muy claros en los que podemos detectar hasta qué punto ha sido editado y reformulado el registro histórico. Por ejemplo, gracias a la supervivencia casual de una lista inscrita de los que ocuparon el cargo de magistrado principal en Atenas durante este periodo, sabemos que en el año 525-524 el *arconte* fue Clístenes. Esto fue en medio del gobierno tiránico de su archienemigo Pisístrato: una época en la que, según los textos históricos supervivientes, se dice que Clístenes y su familia estaban exiliados de Atenas. ¿Qué nos dice todo esto? En primer lugar, que la naturaleza del gobierno «tiránico» en Atenas debía ser mucho más «suave» de lo que el término implica en la actualidad. Resulta difícil que Pisístrato hubiera podido gobernar con puño de hierro, sino más bien a través de una red más informal de alianzas cambiantes, utilizando tanto la persuasión como la fuerza y, en última instancia, dependiendo de una base cambiante de apoyo cívico. En segundo lugar, lo que subraya la inscripción es hasta qué punto los actores principales de estas historias, y/o los que las recogieron posteriormente, estaban dispuestos a cambiar la narración histórica para que favoreciera circunstancias del presente. Para Clístenes era simplemente mucho más apropiado —en su papel posterior como campeón del nuevo sistema democrático ateniense después de 508 a.C.— que se eliminase cualquier participación (o contaminación) con lo que había habido antes.

Es un tópico que la historia la escriben los vencedores. Pero, con más frecuencia, los lectores contemporáneos de las

fuentes antiguas nos tenemos que enfrentar a las opiniones de autores diferentes que son esencialmente contradictorias, en especial cuando se trata del análisis del carácter de una época en particular, las motivaciones de individuos concretos y la estimación de su importancia en el cambio político. ¿Fue el reinado de Pisístrato una edad dorada, como afirma Aristóteles, o un periodo de engaños y fraudes en Atenas, como piensa Herodoto? Sabemos que Aristóteles era más favorable a una constitución equilibrada en la que el pueblo «medio» (más que la «masa») tuviera el poder; así que quizá no sea una sorpresa que se muestre favorable a Pisístrato (al igual que Solón). Pero Herodoto estaba muy ansioso en subrayar la tiranía de Pisístrato al borrar a Clístenes de la lista de *arcontes*.

Las fuentes también difieren sobre las razones por las que los «tiranocidas» Harmodio y Aristogitón cometieron el asesinato durante el festival Panateneo: ¿buscaban la libertad cívica o por venganza en el marco lamentable de un amargo triángulo amoroso? Y qué motivó a Clístenes a introducir sus ideas de reforma: ¿un deseo de mejorar la situación del pueblo o su odio por los griegos jonios?

Recordamos y celebramos un nuevo sistema de gobierno que introdujo la libertad y la democracia, que en la actualidad predomina en nuestro mundo. Pero ¿este resultado es la consecuencia buscada o soñada activamente por los actores principales, o fue el resultado inesperado de acciones motivadas por otras preocupaciones? En resumen, ¿la invención de la democracia fue intencionada o accidental?

Nuestro marco de referencia también cambia en función de las diferentes opiniones de los historiadores antiguos sobre quién —o qué— fue el impulsor principal detrás de los cambios. Desde Herodoto hasta el siglo IV a.C., las fuentes antiguas se centran en el papel crucial de Clístenes, mientras que Solón quedaba marginado y ni siquiera lo mencionaba Tucídides que escribió a finales del siglo V a.C. Pero más tarde Clístenes fue relegado y sustituido por un énfasis en el papel primordial de Solón al marcar el camino de Atenas. Entonces, ¿cuándo podemos decir que empezó el viaje de la

democracia? ¿Quién fue su comadrona? ¿Podemos colocar semejante manto sobre Solón, cuando en su poesía rechaza específicamente el poder total para el pueblo y expresa su deseo de entregar a cada sección de la población tanto poder como «merece»? A menos que se excaven nuevas pruebas en la tierra de Grecia o en un basurero en Egipto, es posible que nunca sepamos la respuesta correcta a estas preguntas. E incluso si se diera el caso, es probable que esos nuevos descubrimientos solo nos proporcionen una opinión diferente, en lugar de una prueba definitiva.

Aristóteles fue tutor personal de Alejandro Magno en una época en la que individuos poderosos estaban dominando el mundo griego a finales del siglo IV a.C. ¿Nos puede sorprender que Aristóteles sea más favorable al tirano Pisístrato que Herodoto, que escribió cuando la democracia de Atenas estaba luchando por su vida en una guerra civil que consumió Grecia a finales del siglo anterior? Quizá no nos deba sorprender que el retrato de Solón como un gobernante sabio y justo que reparte el poder como es debido se vuelva más importante en la historia a partir del siglo IV a.C., en un mundo que ansiaba el surgimiento de otro autócrata benigno. Semejante relato de Solón seguramente atrajo el interés de Plutarco, que pretendía escribir las biografías de individuos sabios y valientes, pero autocráticos, como ejemplos para los gobernantes individuales y poderosos de su mundo a principios del siglo II a.C.

Para mí, la fragilidad y la incertidumbre inherentes en la historia de la creación de la democracia son bastante inspiradoras. Lo que nos dicen todas las fuentes —una vez superamos sus contradicciones, ocultamientos y reinterpretaciones— es que la concepción y el desarrollo de la democracia nunca estuvo libre de dudas, o de la influencia de motivaciones personales, y fue constantemente reformulada por sus principales actores y comentaristas, y después por las generaciones sucesivas.

Ni los actores principales ni el público más amplio en la antigua Atenas podía saber lo que iban a acabar creando, y el

curso de este nuevo sistema político podría haber tomado un giro diferente en toda una serie de momentos, de manera que hubiera podido ser recordado y celebrado en toda una serie de maneras diferentes. Esta comprensión nos debería hacer más conscientes de la naturaleza casual de la civilización humana, y de la necesidad de no asumir la supervivencia inevitable de cualquier aspecto de nuestra sociedad sino, más bien, luchar activamente por lo que queremos que siga formando parte de nuestro mundo.

Debemos tener presente esta afirmación cuando volvemos a considerar las fuentes pertenecientes a la segunda revolución política que ocurrió a finales del siglo VI a.C. La tradición afirma que en 510-509 a.C. —cuando Atenas estaba expulsando a un tirano y se disponía a ser testigo de la implantación de los planes de Clístenes— nacía en Italia la República romana. ¿Cómo tratan las fuentes antiguas los orígenes de esta nueva forma de gobierno político?

Escribir la historia de los orígenes de la República

Las primeras fuentes literarias que nos han llegado sobre la formación de la República romana no están escritas en latín, sino en griego, y se redactaron unos 300 años después de los acontecimientos, y en la actualidad sobrevive muy poco de estas obras originales. La primera era de un senador romano, Quinto Fabio Pictor, a finales del siglo III a.C.; la segunda de un griego llamado Polibio, en la segunda mitad del siglo II a.C. Como veremos, este fue un periodo en el que el poder político y militar del mundo griego se había desvanecido y en el que Roma se encontraba en una rápida expansión. Quinto Fabio Pictor fue una figura importante de dicha expansión. Pero también era un gran admirador de la historia y los historiadores griegos. Por eso, al mismo tiempo que era un testigo romano de la expansión del poder romano sobre Grecia (y otras partes del Mediterráneo), Fabio escribió su historia en griego, en una imitación consciente de Herodoto y Tucídides.³⁰

Polibio, por el otro lado, fue retenido como rehén en Roma en la década de 160 a.C. y estableció una estrecha amistad con la muy conocida y respetada familia de Escipión. No solo escribió una historia de este periodo turbulento, sino también un análisis de lo que convertía a Roma en una fuerza tan dominante: un proceso que atribuía a la organización militar de Roma y a la fortaleza de la constitución republicana de Roma.³¹ De hecho, aunque era griego, Polibio era muy cáustico con el sistema político democrático de Atenas (que ahora se estaba desvaneciendo): calificaba su dominio temporal como «una obra del azar y de las circunstancias» y arremetía contra «la inconsistencia de su naturaleza».³² Como ocurre con frecuencia, las circunstancias políticas de la época en la que estaba escribiendo Polibio afectaban radicalmente a sus opiniones.

Estos historiadores, al intentar reconstruir la historia más antigua de Roma, trabajaban sobre la base del mito, el rumor y los relatos contradictorios, incluso sobre temas tan básicos como cuándo se fundó exactamente Roma y cuándo empezó la república. Su manera de identificar estas fechas cruciales implicaba trabajar hacia atrás en el tiempo a partir de una fecha que creían segura. Y en el centro de la mente de estos hombres —lo que no resulta sorprendente porque uno era griego y el otro estaba escribiendo en griego— parece que estaba la dramática historia de Atenas de crisis y cambio en el periodo 510-508 a.C. La fundación de la república fue un momento en el que el pueblo de Roma había expulsado a un rey tiránico. El pueblo de Atenas había expulsado al tirano en 510-509 a.C. Para los antiguos historiadores griegos (o para los romanos de habla griega) se trataba de una coincidencia conveniente.³³

Trabajando hacia atrás a partir de esa fecha, los historiadores de la época sumaron la duración estimada del reinado de cada rey, hasta llegar a una fecha para la fundación de la propia Roma (por Rómulo y Remo) en algún momento entre 813 y 729 a.C. Fabio creía que se debía fechar en 747 a.C., aunque la fecha se «fijó» finalmente en 753 a.C. por el escritor Marco Terencio Varrón en el siglo I a.C. (situando la fun-

dación de Roma alrededor de la época de la «fecha inicial» de la historia de Grecia con los primeros Juegos Olímpicos en 776 a.C.). A partir de entonces la historia romana se fechó a través de las similitudes culturales y políticas entre Grecia y Roma, como deseaban los historiadores que escribían en una época en la que Roma estaba surgiendo como la superpotencia del Mediterráneo.

A partir del siglo II a.C., la historia inicial de Roma —sus reyes y en especial la fundación de la república— se veía a través de unos cristales tintados de griego, en especial por parte de los historiadores de habla y tendencias griegas.³⁴ Y en los escritos de Polibio vemos el primer intento de comparar en profundidad las constituciones políticas de Roma y Grecia, en los que se desprecia la democracia de Atenas, mientras que se alaba la de Roma y se compara con la constitución política de la ciudad griega de Esparta.³⁵ Incluso siglos más tarde, se buscaban nuevas relaciones y comparaciones. Se decía que los reyes de Roma eran descendientes de aristócratas de Corinto en Grecia, o estaban aconsejados por intelectuales griegos.³⁶ La propia Roma se afirmaba que había sido fundada por Rómulo y Remo, como una colonia griega enviada desde Arcadia en el Peloponeso, o quizá incluso por los descendientes del héroe griego Ulises y la hechicera Circe.³⁷

En la sociedad romana, los textos históricos no eran el único medio para explicar historias sobre el pasado. Desde alrededor del inicio del siglo II a.C. los poemas épicos y las obras teatrales también jugaron su papel. En el naciente teatro romano, los *fabulae praetextae* [obras históricas] se representaban en las celebraciones públicas anuales en Roma y no solo reformulaban sino que también creaban tradiciones históricas sobre la fundación de la ciudad, sus reyes y los orígenes de la república. Un ejemplo es *Bruto* de Lucio Accio, de finales del siglo II a.C./ principios del siglo I a.C. La trama se centra en la expulsión del último rey de Roma y el papel jugado por Bruto en el establecimiento de la república. El patrón de Accio pertenecía a la familia de los descendientes de Bruto, así que no resulta muy difícil deducir las simpatías del autor.³⁸